

queden ocultos al resto de los hombres hasta cierto tiempo: *Muni sermones, et signa librum usque ad tempus consummationis*: segunda, que llegará infaliblemente tiempo en que muchos penetrarán claramente lo que hasta ahora ha estado sellado: *Quoadusque discant multi*: tercera, que entonces, y solo entonces, quedará la iglesia del todo ilustrada en la plenitud de sus conocimientos: *Et impleatur cognitio*: que es puntualmente lo que hemos dicho hasta ahora.

Alucinacion, falta de respeto.

De todos estos principios ciertos y autoridades irrefragables, se infieren necesariamente tres cosas. En primer lugar, que nuestros doctores no han errado en punto de doctrina, oponiéndose al sistema milenarismo, y declarándolo herético y fabuloso, siendo un sistema bien fundado y católico; y solo se han engañado en atribuir el sistema reprobado de los cerintianos y judaizantes, á los otros milenarismos católicos que estaban muy ajenos de semejantes delirios. En segundo lugar se infiere: que con decir que en este hecho se han equivocado y engañado nuestros doctores, no es en manera alguna faltarles al respeto debido, como algunos ríjidos aristarcos dicen con franqueza que hace nuestro autor, porque demuestra este engaño, y refuta valientemente algunas inteligencias que demuestra en su obra, como veremos, incoherentes, impropias, violentas y ajenas del sentido y contesto de los lugares escriturales que cita. Saben muy bien los padres mismos y los doctores lo que hemos dicho sobre la economía sabia de Dios en no manifestar sino sucesivamente como y cuando quiere, los misterios contenidos en los libros santos. Saben muy bien y confiesan, que como hombres pueden errar en sus conocimientos sin perder por esto un punto de su honor, ni dejar de ser, como son, lumbreras de la iglesia: *Errores Patrum*, dice muy bien Facundo herminiacense, *Errores Patrum Luminarium esse defectus, qui licet nonnumquam*

splendoris sui detrimentum sustinent, non tamen amittunt Luminaria esse quod sunt. Ni por esto les faltaron las luces necesarias para instruccion de los fieles de sus tiempos, como nos enseña santo Tomás: *Tantum dabatur Patribus, qui erant institutores fidei de cognitione fidei, quantum oportebat pro tempore illo tradi vel nudè, vel in figura.* Esto puntualmente, y aun con mayores espresiones, alega Lacunza en favor de las inteligencias é interpretaciones de los padres y doctores, protestando en muchas partes, que hicieron muy bien en interpretar en esos sentidos las escrituras, porque eso convenia en aquellos tiempos para edificación de los fieles. En el cuarto siglo combatian los padres los errores de Cerinto, Apolinár &c., con el mismo celo con que los habian combatido S. Justino, S. Ireneo, y otros milenarismos católicos de aquella época. Por este tiempo salió del infierno la impia secta de los arrianos, que inficionó casi á todo el universo. Para ocurrir á este gravísimo mal, no siguieron aquellos padres combatiendo á los cerintianos &c., creyendo acaso que ya quedaban bastante rebatidos: y dejando *in statu quo* este punto, se empeñaron en el de los arrianos mucho mas jeneral y peligroso. Y he aquí el motivo por el cual con el tiempo quedaron confundidos los milenarismos católicos con los milenarismos herejes cerintianos &c. No habiéndose entonces liquidado la distincion de unos y otros por atender á la mayor necesidad: de aquí ha nacido la equivocacion solemne de condenar á todo milenarismo, por las razones que solo competen á los milenarismos malos y herejes, como hemos ya visto y probado. Estas son las razones que promueve el docto Lacunza para escusar á los doctores en sus inteligencias, y en el modo de proceder contra el milenarismo en jeneral. Y estas son las sinrazones con que los críticos quieren condenar á Lacunza de falta de respeto y veneracion debida á los padres y doctores.

Alucinacion, presuncion, y soberbia.

Atendida la limitacion del humano entendimiento, y la sabia economía de Dios en la manifestacion de sus misterios, es necesario que los últimos descubran siempre nuevos misterios que estuvieron ocultos á los primeros doctores. Por esto dice S. Gregorio magno: *Secundum incrementa tēporum crevit etiam scientia sanctorum Patrum:* hasta llegar al fin: *Quoadusquē discant multi, et impleatur cognitio.* Y así dice el mismo S. Gregorio: *Quantò mundus ad extremum ducitur, tantò nobis aeternae scientiae aditus largius aperitur.* Conque sin detrimento del honor y veneracion debida á los doctores, puede darse algun sentimiento, aunque sea comun, no conforme á la verdad. Conque sin la menor tacha de presuncion y soberbia (que es otra de las calumnias con que se favorece á Lacunza) puede un moderno escritor descubrir mas que los antiguos. La no ecsistencia del purgatorio, la procrastinacion de la bienaventuranza de las almas hasta el dia de la resurreccion jeneral, la pascua de los cuartodecimanos, el bautismo de los rebautizantes &c. fueron sentencias comunes entre los antiguos; con todo por el estudio de los posteriores se reconoció ser falsas y se han condenado. Conque podia un Lacunza por el estudio de treinta años, de un infatigable estudio, haber descubierto á lo menos como muy probable y bien fundado su sistema milenario. Debe probarse ineluctablemente, ó la absoluta imposibilidad de entender jamas los misterios del Apocalipsis, ó que Dios con particular notorio decreto haya escludido de esta inteligencia á nuestro Lacunza, reservándola para otros. Cuando esto no se pruebe, no será jamas verdadero, que sea irreverencia, presuncion y soberbia de nuestro autor el oponerse á tantos, y tan doctos y venerables hombres; y mas cuando tiene de su parte á tantos otros padres, doctores y mártires de la primitiva iglesia, á quienes se debe un sumo respeto; tanto mayor cuanto fueron mas vecinos é in-

mediatos á la fuente mas pura y menos enturbiada de los santos apóstoles, de quienes es de creer que bebiesen las aguas limpias de su doctrina. Á esto se allega la claridad, la fuerza, la solidez con que prueba sus asuntos, respondiendo con la misma solidez y con la combinacion de las escrituras á todas las dificultades y argumentos, que ó por razon, ó por autoridad, ó por otros testos de la escritura se le pueden oponer; sin disimular, antes añadiendo la mayor fuerza á las objeciones contrarias.

De todo lo dicho hasta aquí, se infiere en tercero y último lugar, que el sistema propuesto no merece el título denigrativo de *novedad*, que es otra de las acusaciones que se hacen al Sr. Lacunza; pues además de los citados autores, dice S. Basilio: (homilia *de vera et pia fide*) *Colligimus, infinitum esse, quod de rerum divinarum cognitione sacrae Litterae sentiant: neque ullo modo vires humanas, quandiu hic in terra vitam ducimus, earum arcana penitus posse comprehendere, cum majoribus in dies singulos progressibus faciendis, aliquid NOVI assidue semper acquiratur.* Y Jacobo Bonfrerio: *Mira est in hisce scripturae sacrae profunditas, utpotè quae ab inexhausto divinae sapientiae oceano procedit: è qua nunquam tantum depromperis, quin plura lateant eruenda. Ut proinde nunquam sit defutura ampla seges, et materia magnis ingeniis ad NOVI aliquid eruendum.*

Pero no se puede negar, dicen nuestros ríjidos censores, que es muy peligroso en este siglo de tantas novedades, añadir esta otra Lacunciana. Y aquí se debe entender el consejo ó precepto de S. Pablo á Timoteo: *O Timothee, depositum custodi devitans prophanas vocum novitates.* Aun suponiendo que el Sr. Lacunza fuese el primer inventor del sistema milenario, lo cual es muy falso, pues ya hemos visto y nos asegura Lactancio, que en los tres primeros siglos esta era la doctrina que seguian los cristianos: *Haec est doctrina Prophetarum, quam Christiani sequimur;* no habiendo hecho otra cosa nuestro autor, que renovar esta antiquísima doctrina, disipando algunas

sombras que la habian ofuscado con el decurso del tiempo, y explicado con mayor claridad y distincion todo lo que antes se habia creido oscuramente: aun en aquella suposicion, digo, no haber el imaginado peligro en nuestro caso. Oigan los censores las reglas que establece S. Vicente Lirinense esponiendo las dichas palabras del santo apostol: *O Timothee, dice, ó Sacerdos, ó Tractor, ó Doctor, si te divinum munus idoneum fecerit ingenio, exercitatione, doctrina, esto spiritualis Tabernaculi Bercei; pretiosas divini dogmatis gemmas exculpe, fideliter coapta::: Intelligatur, te exponente, illustrius, quod ante obscurius credebatur. Per te posteritas intellectum gratuletur, quod ante vetustas non intellectum venerabatur. Eadem tamen, quae didicisti, doce, ut cum dicas novè, non dicas nova.* No ha hecho otra cosa el Sr. Lacunza con una claridad, distincion y fuerza de razones, sin desviarse un punto de las escrituras, que sorprende á cualquiera que quiera apartarse un punto de las preocupaciones.

Aquí se ve en qué manera un teólogo, un espositor puede tratar de materias relijiosas, y aun del dogma con alguna novedad: ó renovando doctrinas antiguas que habian perdido su curso en la posteridad, ó aclarando lo que antes estaba oscuro, y no bien entendido; sin incurrir por eso en la nota de temerario, ó novador. Dice mas el mismo S. Vicente explicando mas inmediatamente la fuerza de la espresion: *Devitans, dice, quasi viperam, quasi scorpionem quasi basiliscum prophanas, id est, quae nihil habent sacri, nihil religiosi, à sacra fide, Ecclesia, Religione alienas voces; id est, dogmata, rerum sententiarum, et consequenter sermonum novitates, quae sunt vetustati, quae antiquitati contraria.* Porque como dice el doctor de la gracia S. Agustin, hay algunas voces que aunque enteramente nuevas, no dejan de ser conformes á la doctrina de la relijion. Por lo que el apostol no prohibe absolutamente cualquier novedad de voces, sino solamente las profanas en el espuesto sentido: *Non, ait Apostolus, vocum novitates; sed ait prophanas: sunt enim et doctrinae religionis verborum novitates.*

Muestre el mas escrupuloso censor en toda la obra del Sr. Lacunza un dogma, una doctrina, una sola voz, una sílaba, que no sea sagrada, relijiosa, que sea ajena de la fe, de las doctrinas de la iglesia, ó contraria á la mas remota antigüedad. No enseña otra cosa sino lo que enseñaron los primeros padres y doctores de la iglesia. Luego aunque el combatido sistema pueda decirse en alguna manera nuevo, no teniendo nada de profano en el sentido del Lirinense y de S. Agustin, no merece reprobacion alguna. Si el sistema de nuestra cuestion se hubiera de reprobar por el título de novedad, por la misma razon se deberia cerrar la puerta á todo descubrimiento de los infinitos misterios ocultos entre sombras en los sagrados libros, pues siempre se verificará que tal descubrimiento es una novedad. Y ¿como seria en tal caso verdad, que *Quaecumque scripta sunt, ad nostram doctrinam scripta sunt:* y que estas doctrinas se descubrirán alguna vez. *Donec occurramus in unitatem fidei, et agnitionis Filii Dei in virum perfectum, in mensuram aetatis plenitudinis Christi?* ¿Se puede dar un pleno conocimiento de Jesucristo, y de todas sus prerogativas y oficios, sin que se entiendan las escrituras, de las que es el principalísimo y cuasi único objeto? Esta intelijencia no se hará por ministerio de angeles sino cooperando el cielo con sus ilustraciones particulares, á las fatigas y sudores de aquellos hombres que con espíritu humilde y dócil consagran sus talentos al estudio de los libros santos.

Alucinacion, bajeza y oscuridad del autor.

Y bien, ¿no podrá ser uno de estos el Sr. Lacunza, que ilustrado del cielo pueda descubrir y entender claramente los misterios anunciados por Dios; pero sellados hasta aora y ocultos á tantos doctores ilustres por santidad y doctrina? Dirán los opositores que no es comparable el Lacunza con tantos jigantes. Lo confiesa él mismo en su obra comparándose á una hormiga que se arrastra

tra por tierra respecto de los remontados vuelos de una aguilá: y á un plebeyo ignorante respecto de un insigne maestro de arquitectura. Lo sabemos; pero ¿quién será aquel atrevido que presume investigar el término fijo de aquellos tiempos, *quae Pater posuit in sua potestate*, ó de poner límites al omnipotente? Muéstrase el divino decreto en que se escluya espresamente nuestro autor de las divinas ilustraciones, ó que pruebe no haber llegado todavía aquellos tiempos, para los cuales ha reservado Dios la manifestacion de tantas verdades dictadas á los santos profetas. Lo que sabemos es, que *contemptibilia mundi elégit Deus, ut confundat fortia*: que se complace de revelarse á los pequeñitos: *Quia abscondisti haec à sapientibus, et revelasti ea parvulis*. Lo cierto es, que *Spiritus, ubi vult spirat*. No, no está ligada la ilustracion divina ni á cualidad de personas, ni á diversidad de naciones europeas, asiáticas, africanas, ó americanas, ni á antigüedad ó posterioridad de tiempos. Sea nuestro autor por cualquier parte que se considere inferior, cuanto se quiera, á los pasados, presentes y futuros: *Si enim Dominus magnus voluerit, spiritu intelligentiae replebit illum*: (Eccli. c. 39. v. 8.)

Y á la verdad, dejando aparte por un poco toda parcialidad, aun hablando de aquellas dotes naturales, que fueron el ornamento característico de tantos antiguos doctores, ¿quién podrá (hablémos con libertad, que ya murió) negarlas con justicia á nuestro autor? No hablemos ya de lo que sabemos privadamente de su vida immaculada, abstraída de toda comunicacion, á que no le obligase ó la caridad, ó la urbanidad: empleada toda ó en las iglesias, en profunda meditacion, ó en la libreria entre dia, ó en su habitacion de noche empleada la mayor parte en un estudio intenso, sin dar mas que un corto tiempo al necesario reposo de la naturaleza. Considerémos solamente lo que muestra y publica su obra: cualquiera que la lea dejando un poco de lugar á la razon ¿como podrá dejar de observar en ella un ingenio claro y profundo: una vas-

ta erudicion proporcionada á la materia: un estudio grande en intencion y en estension de las divinas escrituras y de los mas célebres espositores, intérpretes y santos padres? Volviendo la atencion á su sistema considerado en sí mismo, ¿quién no ve en él novedad en la invencion: procsimidad á lo menos probabilísima de la verdad? ¿Qué esposiciones! ¿Qué combinaciones las mas seguidas, ordenadas, coherentes, claras y naturales de los profetas, y de los pasos mas difíciles del viejo y nuevo testamento! ¿Qué sorprendente, qué magnífica idea nos hace concebir de la segunda venida triunfante y gloriosísima de Jesucristo al mundo! ¿Qué concepto tan grandioso de los altísimos designios de la divina providencia en orden al futuro estado de su iglesia, y de su pueblo electo en los últimos tiempos! Si este sistema triunfa, como lo esperamos, de todas las contrariedades y oposiciones que se le hacen, ¿no será recibido de los doctos con aplauso y admiracion? ¿No será reconocido de la posteridad el autor por hombre de raro ingenio y de sublime doctrina? Por desconocido, abatido y de ningun nombre que sea este hombre al presente, nada se prueba, como se pretende, contra su obra. Las obras son las que dan á conocer á los hombres. Por las obras han merecido los antiguos padres toda aclamacion, y la veneracion que les profesámos. Las obras serán en todos tiempos la piedra de toque en que probará la iglesia el mérito de sus nuevos doctores, y los aplaudirá el mundo á pesar de las contradicciones, á que está siempre sujeta la fama en su nacimiento. Nos hemos difundido en este elogio porque algunos se valen de la oscuridad del autor, como de un argumento invencible; y tratandolo con los graciosos títulos de simple, ignorante y extravagante, quieren de aquí probar, que no es posible que haya podido entender muchos lugares del Apocalipsis y de los profetas. Y hé aquí otra de las muchas equivocaciones de los señores opositores.

Bien está, insisten los censores, *rursus aggrediuntur*, que no se repruebe la obra como se ha probado, ni por milenarismo, ni por novedad, ni por falta de respeto á los doctores, ni por presuncion y soberbia del autor, ni por la oscuridad de su persona; pero no se puede negar que tiene muchos resabios de luteranismo. El autor en varias partes de su obra nos asegura haber entendido por sí mismo, y sin ayuda de los intérpretes, clarísimamente muchos pasos del Apocalipsis, y de los otros profetas, tenidos comunmente por árdulos y difíciles. Mas: él mismo escorta á su amigo al continuo estudio de la biblia, asegurándole una perfecta intelijencia; bastándole para esto un espíritu dócil y humilde. He aquí todo el cuerpo de su delito: *Quid adhuc egemus testibus. Reus est* del mas descarado luteranismo: pues entre los errores de esta impia secta se enseña ser tan clara la divina escritura, que basta el espíritu privado para entender el sentido propio y jenuino.

Cierto maestro de Israel de aquellos antiguos habiendo estudiado la biblia con mucha atencion, no atendiendo á las preocupaciones de sus con-rabinos, sino con indiferencia de juicio, despues de haber meditado profundamente sobre las célebres semanas de Daniel, confesó haber encontrado pruebas clarísimas de la primera venida del prometido Mesias: y haber entendido claramente los misterios de su dolorosa pasion y muerte, y de su gloriosa resurreccion. En vista de su propia esperiencia escortaba á sus engañados con-maestros, á que ecsaminasen por sí mismos con espíritu dócil y humilde la biblia; prometiéndoles la intelijencia acerca de este punto importantísimo. Si hubiera ecsistido ya en aquella época un Lutero, no seria mucho que se encontrasen censores que condenasen á nuestro docto rabino de luterano declarado, cuando lo vemos practicado en nuestros dias contra el sacerdote Lacunza. *Scrutamini scripturas*: se dijo á los doctos de Israel. ¡Ó si lo

hubieran hecho! No se hubieran estinado en no reconocer á su Mesias, haciéndose inexcusables por no haber practicado esta dilijencia á que estaban obligados. Dejémos de parábolas. No es menor la obligacion que tienen de estudiar con docilidad, con sinceridad, con humildad, con dilijencia la sagrada biblia los sacerdotes cristianos, *quos divinum munus idoneos fecerit*. ¿Y el cumplimiento de esta obligacion se deberá tener por un error luterano? ¡Ó tempora! ¡ó mores!

El Sr. Lacunza no pretende otra cosa, que haber escudriñado atentamente uno y otro testamento en orden á la segunda venida de Jesucristo, combinando los profetas con el Apocalipsis, y haber por este medio penetrado claramente los misterios que forman la sustancia de su sistema. ¿Qué mal hay en esto en un docto cristiano cuando no lo hay en un docto hebreo? Y á la verdad, si el estudiar privadamente, ó con espíritu privado las escrituras fuera un verdadero luteranismo, no seria lícito jamás estudiarlas para entenderlas, y cualquiera esfuerzo que se hiciese á este fin seria dar un paso al error. ¿Y cuantos santos padres é intérpretes estarian inficionados de luteranismo? Pues es cierto que muchos misterios y verdades auténticamente declaradas por la iglesia, fueron primero privadamente entendidas por sus doctores. Es asimismo evidente, que las divinas escrituras, por mas que sean difíciles, oscuras y profundísimas, no por eso son absolutamente impenetrables al humano entendimiento. Oigase el ya citado Bonfrerio: *Et verò vix est ea usquam scripturae obscuritas, ubi non aliqua lux per rimulam se prodat, quae efficiat, ut res tota saltem confusè comprehendatur, et spes effulgeat totum scripturae sensum eruendi*.

Y valga la verdad: todos los hombres sábios que se dedican á estos estudios, no perdonan dilijencia alguna á fin de comprender privadamente los misterios mas profundos de los divinos oráculos, con la esperiencia de no quedar frustrados sus esfuerzos, en especial si no fiándose de sí, imploran el divino auxilio: *Si quis vestrum indiget*

sapientia postulet à Deo, qui dat omnibus affluentèr. Promesa que no engaña, como nos asegura Santiago en su epístola canónica. ¿Y á qué fin los espositores en un artículo preliminar *de verâ scripturarum intelligendi ratione*, nos prescriben varias reglas para su intelijencia, si no hemos de procurar privadamente entender las escrituras, por no ser luteranos: si no hemos de obedecer aquel *scrutamine scripturas*: si no hemos de procurar merecer del divino oráculo aquel *Beatus, qui legit, et audit verba prophetiae hujus, et servat ea, quae in ea scripta sunt*: puntualmente de las profecías del Apocalipsis? Y todo porque no nos dén el honorífico título de luteranos nuestros censores.

No, no es este el error de los luteranos: este consiste en querer atribuir á todo fiel, ó á lo menos á los doctos el don de ilustracion interior para distinguir la palabra divina de la humana, y consiguientemente para conocer con toda seguridad, cuales son los libros canónicos que se deben abrazar, y cuales, los que sin faltar á la fe, se pueden refutar: en segundo lugar, para poder en la misma conformidad interpretar las escrituras, y entender su genuino sentido con una certidumbre infalible, sin que sea necesario el majisterio de la iglesia. En suma, pretenden los luteranos, que el espíritu privado sea por sí solo suficiente para hacer que las interpretaciones tengan toda la autenticidad necesaria para afirmar la fe sobrenatural. ¿Cuándo ha enseñado el Sr. Lacunza semejante doctrina? Hé aquí otra equívocacion de los señores censores.

Á esto añadimos ser utilísimo el estudio de las sagradas escrituras en los eclesiásticos, por lo que nos dice S. Pablo: (2. ad Timot. 3.) *Omnis scriptura divinitus inspirata utilis est ad docendum, ad arguendum, ad corripiendum in justitia: ut perfectus sit homo Dei ad opus bonum instructus.* Y por esto el eclesimio doctor, despues de haber ponderado la importancia y necesidad del estudio de las divinas escrituras, añade oportunísimamente á nuestro propósito: (Def. fidei lib. 4. c. 11.) *Deindè ne-*

mo etiam réfugit, posse Ecclesiae Doctores, et sapientes aliquid de propria industria, et ingenio ad scripturarum intelligentiam excogitare: easque per humanam sapientiam interpretari. Hoc enim fecerunt Patres omnes, non ex speciali privilegio, sed ex ordinaria lege maximè consentanea ipsismet scripturis, et naturali hominis conditioni: et ita hoc etiam nunc Doctores catholici observant.

Y esto mismo sin añadir ni quitar es lo que observa el Sr. Lacunza en interpretar el Apocalipsis, y los otros muchos lugares del viejo y nuevo testamento, que aluden á la segunda venida de Jesucristo al mundo. Y así cuando él dice haber entendido claramente dichos lugares, no pretende dar á su intelijencia otra certidumbre que la humana puramente y privada, como lo puede ver cualquiera que tenga ojos en la cara, en la protesta sincera que hace en varias partes de su obra de sujetar su juicio, no solo al auténtico y público de la santa iglesia, sino tambien por sobreabundancia al privado de los doctores. ¿Con qué razon pues, con qué justicia se puede imputar el oprobio y nota denigrativa de luterano á un tan humilde y religioso autor? ¡O! ¡lo que puede una preocupacion precipitada en censurar!

Alucinacion, contrariedad á la tradicion.

Convencidos ya de este alucinamiento los censores, oponen que el sistema lacunciano es contrario á la tradicion. No hay duda que las tradiciones son el mayor apoyo de nuestra fe y santísima religion. Son la prueba mas convincente del establecimiento de nuestra madre la santa iglesia, y de su potestad y prerogativas. En realidad, sin la tradicion ¿como podriamos certificarnos de la autenticidad de los libros sagrados, y por consiguiente de la divina revelacion? Pero tampoco hay duda que en este punto se deben evitar dos escollos igualmente funestos. Decir que en ninguna tradicion se ve la marca de la divina palabra, es el error fundamental de la herejía: es una má-